

ESENCIA Y VALOR DE LA CIENCIA (*)

KARL JASPERS

Consiste la ciencia en conocimiento metódico cuyo contenido es de certeza constrictiva y de validez universal. Se enuncian en esta tesis tres rasgos fundamentales del saber científico:

Primero, sólo hay ciencia con una *conciencia metódica*: con el saber, conozco el camino que me ha conducido a un resultado; con el camino, conozco también el lugar y los límites de la significación bien determinada de cada saber. Lo contrario del saber científico, es pretender y afirmar no metódicamente y aceptar de buena fe sin interrogación. Si el contenido de este saber puramente receptivo resulta de una investigación científica, este modo de saber es sin embargo no-científico, pero se convierte en el punto de partida de una superstición para con la ciencia; porque la simple aceptación, no comprobada interiormente me abandona a significaciones y contenidos contingentes y me entrega a ellos, para decirlo así, sin protección. Esto que, como resultado de la investigación, conserva al mismo tiempo su relatividad con relación al punto de vista respectivo, es decir con relación al método y al sentido de este cognoscible, llega a ser falsamente absoluto como contenido de una superstición de la ciencia.

(*) (*Revue de Philosophie* de la France et de l'Etranger. Nº 127. Enero a Junio, 1939. París. Traducido de la versión francesa de Jean H. Pollnof, por MARTA E. SAMATÁN).

Segundo, el saber científico es, como tal, de *certeza constrictiva*. Porque lo que yo comprendo científicamente es ya inteligible al simple entendimiento y es justo como hecho cuya precisión no exige que ponga en juego mi propia esencia. Lo contrario de semejante cognoscible es la convicción. No es verdadera más que estando en juego la persona que vive en ella. Es por eso por lo que fue sensato para Galileo retractarse ante el poder de la Inquisición y por eso su dicho *Sin embargo se mueve* pronunciado después de la denegación del movimiento de la tierra, es, aunque no se haya dicho, una fábula reflejando este sentido: porque Galileo sabía que una retractación para nada cambia la verdad. Giordano Bruno, por el contrario, desarrolló en él, por una conquista para siempre memorable del dominio de sí mismo, el heroísmo que a pesar de su coexistencia con una actitud favorable a todas las retractaciones de orden secundario, le hizo imposible renegar su convicción filosófica fundamental: ésta no consistía en conocimientos científicamente constrictivos, pero en conocimientos cuya verdad, una vez abandonada al reniego, hubiera quedado ella misma anquilada, de manera que ellos proporcionaron primero una prueba auténtica precisamente en el entusiasmo con el que este filósofo les permaneció fiel.

Tercero, los conocimientos científicos tienen *validez universal*. Se confirman como tales por el hecho de poder cada uno experimentarlos como constrictivos. Es también por eso, en efecto, que la verdad científica se extiende en todo lugar donde se piense científicamente. Esta unanimidad con respecto a los conocimientos científicos es la señal exterior, visible, de la validez universal. Lo contrario es la validez no universal de las convicciones filosóficas, del "filosofar" tal como se halla presente también en las ciencias. Podría decirse: lo Incondicionado de la convicción tiene una relación con la validez no universal (porque si hubiera convicción en sí, ésta no necesitaría mi testimonio); por otra parte, la relatividad del conocimiento científico tiene una relación con su validez

universal (porque la investigación no sería investigación si saber constrictivo fuera también saber absoluto).

Esta noción de la ciencia, que se ha desarrollado en el transcurso de los últimos siglos, la restringe a un campo determinado del pensamiento. Hay sin embargo, en oposición a ésta, una *noción más amplia* de la ciencia: se llama ciencia todo esclarecimiento proveniente de un camino racional con ayuda de conceptos. El pensamiento, entonces, no me proporciona conocimientos de cosas extrañas a mí hasta ahora, pero pone de relieve lo que en el fondo yo persigo, quiero y creo; él crea el espacio lúcido de la conciencia de mí mismo. Además, el pensamiento puede constituir una forma que sea pensable como verdad sólo interiormente impregnada por mi esencia (por ejemplo en las especulaciones de la filosofía). Por fin, el pensamiento puede ser lenguaje cifrado que, al mismo tiempo que interpreta, disimula. Estos esfuerzos notables y vivificantes del pensamiento no son científicos más que en el sentido de un rigor de esclarecimiento supremo y de un orden de lo cognoscible. Son a la vez más y menos que ciencia. Más: en calidad de pensamientos creadores que transforman al hombre. Menos: no poniéndonos en mano ningún saber sólido. En oposición a éstos, es pues de una importancia decisiva poseer distintamente la *noción más estrecha* de la ciencia. El hombre moderno cuando habla de ciencia, persigue en el fondo —aunque a menudo indistintamente— esta sola noción porque ella sola presenta al entendimiento puro la verdad como lo que es constrictivo y —sin poner en juego mi esencia— universalmente válido.

Luego, esta ciencia tiene sus *límites* infranqueables de los cuales indicaremos con brevedad los siguientes:

Conocimiento científico de las *cosas* no es conocimiento del *Ser*. Pues el conocimiento científico es particular, dirigido hacia objetos definidos y no sobre el Ser mismo. Es por eso que la ciencia provoca filosóficamente, por el hecho de

saber, al saber más firme del no-saber, es decir de la ignorancia de lo que es el Ser mismo.

El conocimiento científico no puede *indicar* fines a la vida. No establece valores obligatorios. En calidad de tal, no puede guiar. Por su claridad y su decisión, remite a alguna otra fuente de nuestra vida.

Tampoco puede la ciencia, dar una respuesta al problema de su *propio sentido*. El hecho que haya ciencia resulta de motivos que, ellos mismos, no pueden ya ser científicamente probados como verdaderos y debiendo serlo.

Los límites de la ciencia han suscitado siempre la más profunda *decepción* cuando se esperaba de ella lo que es incapaz de proporcionar. Cuando el descreído ha buscado en la ciencia un sucedáneo apropiado para enseñarle sobre qué podría basar su vida, cuando el insatisfecho de la filosofía ha buscado en la ciencia la verdad que, englobando todo, alcanzaría la totalidad, cuando el pobre en interioridad, a través de una interminable reflexión nutrida de las ciencias se ha dado cuenta de su propia nulidad — cada vez después de un período de ciega superstición para con la ciencia, la ciencia se convierte en objeto de odio y desprecio. Luego, aun si la no-verdad de semejantes caminos fuera inteligible desde el comienzo, el problema subsistiría siempre: *¿qué valor* podría tener todavía la ciencia, si sus límites hubieran sido tan claramente reconocidos?

Se ha tratado, desde Bacon y Descartes, de justificar el sentido de la ciencia por su utilidad. La aplicabilidad técnica del saber — para facilitar el trabajo, satisfacer mejor las necesidades humanas, mejorar la salud, organizar las instituciones del Estado y de la Sociedad, descubrir, en fin, hasta la moral justa — fué considerada como el impulso decisivo hacia la ciencia. Sin embargo una reflexión más profundizada muestra, primero, que toda aplicabilidad técnica tiene límites; la tecnificación no es más que un *solo campo* integrante del dominio mucho más amplio de todas las posibilidades

humanas. Segundo, muestra que no es de ninguna manera la utilidad inmediata de la ciencia la que da el impulso a los grandes descubrimientos fundamentales; lejos del pensamiento de una aplicabilidad, éstos han sido conquistados gracias a fuentes imprevisibles del espíritu de investigación. La aplicación útil no es pues fecunda en numerosos descubrimientos particulares, más que en virtud de la ciencia ya realizada. Espíritu de investigación y espíritu de invención práctica son esencialmente distintos. Sería, es verdad, un error querer impugnar la utilidad de la ciencia y la prosecución de las ciencias al servicio de los fines vitales. También este sentido pertenece a la ciencia, o al menos a algunas de sus ramas. Pero no puede constituir ni la totalidad ni la unidad del sentido de la ciencia; porque no es él solo quien ha creado la ciencia y, solo, sería incapaz de sostener, a la larga, la vida de la investigación científica.

Es pues para contrarrestar la "subalternización" de la ciencia, debida a su subordinación a los fines de la técnica y de la vida práctica, que la ciencia ha sido afirmada como en sí misma. Sin embargo, desde el momento que, de esta manera, el valor de *cada* simple constatación de hechos, de *cada* precisión de método, de *cada* ampliación de algún saber, debía ser reconocida, desde el momento que toda ocupación científica en calidad de tal se presentaba como un valor intangible, un embarazo singular surgía: las constataciones interminables de hechos cualesquiera, la dispersión de las ciencias en una multiformidad cuyos elementos no tenían más relaciones entre ellos, la satisfacción de sí surgida de un saber especialista en aquellos a quienes caracterizaban en el fondo una ignorancia y una ceguera sorprendentes — estos fenómenos y muchos otros han tornado sospechoso un tal fin de la ciencia en sí.

Abandonada a sí misma, la ciencia degenera. Por cierto, en apariencia, puede progresar algún tiempo por sus propios medios, una vez puesta en acción desde su origen más pro-

fundo. Pero pronto aparecen contrasentidos que amenazan con traer, poco a poco, el derrumbamiento de su edificio. La ciencia no es ni verdadera ni viva en su totalidad sin la fe que la conduce. Puesto que no puede ser abandonada a sí misma, necesita un *guía*. Es decisivo saber de dónde viene ese guía y qué sentido da él a la ciencia. Si el guía viniera del exterior, la ciencia no sería entonces más que un medio para llegar a otra cosa. Es necesario que venga del interior, de un origen que englobe toda la ciencia, del mismo querer-saber incondicionado. Es también evidente que este guía no puede obrar de manera suficiente ni por una mira premeditada, ni por un fin demostrable e inmediatamente alcanzable, pero únicamente por una cosa que sólo se despierta y esclarece por sí misma en la conquista del saber: por la razón. ¿Cómo es posible eso?

Nuestro *querer-saber original* no es un interés ocasional; en el saber es donde, primero, un impulso incondicionado en nosotros hace llegar a ella misma la dignidad de nuestra esencia. Ningún saber aislado me satisface. Incansablemente voy más allá. Quisiera, en el saber, extenderme hasta el Todo. Es *el Uno del Ser* quien sirve de guía a este movimiento debido al querer-saber original. El querer-saber no se esparce en particularidades cualesquiera, pero se dirige al Uno a través de lo particular puesto que esto último sólo es directa e inmediatamente aprehensible. Privada de la relación con el Uno del Ser, la ciencia pierde su sentido; esta relación, por otra parte, la anima aun hasta en las más especializadas de sus ramas.

Luego, en parte alguna el Uno puede ser hallado directamente. No es más que lo particular, algo complejo e infinitamente múltiple, lo que forma ahora y siempre el objeto de mi saber. Por eso el guía del querer-saber se nutre constantemente de *dos motivos* intensificados por la *razón* hasta el infinito y correspondiéndose recíprocamente el uno con el otro: por una parte, el querer-saber de todo lo que, *hasta donde alcanza la vista*, es real y, por otra parte, la experiencia del

Uno por la plenitud del no-saber, alcanzable solamente en este saber mismo.

Primero, la ciencia me coloca pues, con claridad y decisión frente a los hechos en calidad de tales. Siempre más nitidamente me pone en presencia de un *es así*. Obtengo el aspecto del fenómeno al que puedo entender como un lenguaje sin poder con todo eso interpretarlo adecuadamente. La ciencia me obliga a hacer frente al fenómeno real, a toda realidad, para que no simplifique demasiado pronto este lenguaje y mi deseo y mi inclinación no me lo hagan entender unívoca y falsamente. Del encantamiento ante la belleza y la armonía del mundo, la ciencia me lleva a experimentar el terror de todo desgarramiento, de toda cosa desprovista de sentido y de la destrucción ininterpretable.

Segundo, siguiendo todos los caminos de lo cognoscible, llego por el saber a esta experiencia del *no-saber* verdadero que indirectamente me hace presente *El Uno como la Trascendencia*. Esta se convierte en el guía secreto de todo mi *querer-saber* que sólo por ella está animado y lleno de sentido.

Este sentido mismo no es más racionalmente determinable. Como ya conocido, de ninguna manera puede servir de punto de partida a una elección que calcula la labor y el camino de la ciencia. No es más que *en* la ciencia, confiándose a ella y arriesgándose en ella, que el hombre puede hacer la experiencia del fundamento de donde ella viene y sobre el cual ella progresa.

Si me pregunto adónde debe llegar todo ese saber, puedo responder en *parábolas*: es como si el mundo quisiera ser conocido —o como si conviniera a la glorificación de Dios en el mundo conocer ese mundo con todos los órganos que nos han sido dados, y por así decir de repensar en él los pensamientos de Dios, aunque no aprehendamos, en forma de imágenes, más que la superficie de sus apariencias y no ellas mismas.

Determinar cuál es, en el querer-saber original —obediendo al mundo y trascendiéndolo— el guía de la ciencia nacida de la razón, he aquí lo que decide del sentido y del valor de esta ciencia. A pesar de ser la filosofía el pensamiento que esclarece a este guía, no puede sin embargo, ella tampoco, imponer por su mandato lo que, en el origen del hombre que quiere saber, debe despertarse por sí mismo.

Resulta de todo esto que la ciencia no es la base sólida sobre la cual descanso, pero que es el camino que tomo para asegurarme, por medio de la inquietud —este movimiento del querer-saber, apropiado a mi realidad temporal— de la trascendencia que me guía ya en el querer-saber mismo.

Esto aclarado, muchas de las experiencias de insatisfacción del saber se explicarán entonces por el hecho de habernos *apartado del guía interior*. Lo sentimos cuando no nos damos, por curiosidad, más que a la sola diversidad de las cosas o cuando la ciencia se convierte para nosotros en una simple ocupación. Todavía y siempre, oímos en nosotros el guía significador que nos libera de la persecución interminable de lo contingente y que, en el estudio y la investigación, determina los caminos a escoger. Experimentamos casi una falta de escrúpulos cuando nos libramos, disimulando al mismo tiempo nuestro embarazo, a la única “asiduidad”, a la inercia interior de un trabajo en calidad de tal, en vez de aprontarnos constantemente para las *ideas* que deben primero dirigir el trabajo y que, en el origen, son el lenguaje del Uno de la Trascendencia.

Sin embargo, este guía proveniente del Uno de la Trascendencia no es de ninguna manera unívoco. Nadie puede apoderarse de él como del único que sea verdadero y lo sea para todos, y nadie puede pretender poseerlo. Nace, por decirlo así, en el diálogo del pensador con lo cognoscible multívoco. Se realiza en una forma cada vez histórica del conocimiento, forma que, continua en sí misma, nos impulsa hacia adelante y nos educa. Es como un ensayo y un riesgo.

Allí, precisamente, reside la razón profunda por la cual la ciencia, como función estimulante, se convierte en nuestra existencia en la *condición de toda verdad y de toda veracidad*:

La ciencia *desenmascara las ilusiones* por las cuales yo quisiera facilitarme la vida, reemplazar la fe o aun transformar la misma fe en saber garantizado. Ella rasga los velos bajo los cuales tiendo a esconder las realidades ya que no les soporto el saber; deshiela los “cuajamientos” que produce el pensamiento no crítico para ponerlos en lugar de la explorabilidad infinita; veda toda quietud engañosa.

La ciencia me da el máximo de *esclarecimiento sobre la situación* del hombre. Es la condición sin la cual no puedo bastar a la tarea del poder-saber, tarea que, inherente a nuestra esencia, constituye para el hombre su grande destino exigiendo de él la prueba de lo que puede soportar.

La ciencia nace de la probidad y la hace nacer. No es posible ninguna veracidad que no se haya integrado la *actitud y el pensar científicos*. Lo que es característico de la actitud científica, es primero la distinción constante entre saber constrictivo y saber-no-constrictivo (quiero saber lo que sé y lo que no sé); es, por consiguiente, el saber acompañado por el saber del camino que me ha conducido a él y aun el saber del sentido dentro de cuyos límites un saber es válido. La actitud científica es además la disposición a admitir toda crítica de mis afirmaciones. Para el hombre que piensa, y sobre todo para el investigador y el filósofo, la crítica es una condición vital. Su pensamiento no sabría ser demasiado puesto en duda para examinar así su conocimiento. La experiencia de una crítica injustificada puede todavía ejercer una influencia fecunda sobre el verdadero investigador. El que se sustrae a la crítica no quiere saber, hablando con propiedad.

Es por eso que una verdadera filosofía, aunque consciente en distinguirse de la ciencia, se liga al mismo tiempo sin reservas a la ciencia. Jamás ella se permite ignorar una

realidad cognoscible. Lo que es real y cognoscible de manera restrictiva, ella quiere saberlo sin límites y hacerlo obrar sobre el desarrollo de su conciencia de ser.

Si lo incondicionado del querer-saber científico es una condición indispensable a la voluntad de la verdad, entonces ocurre de igual manera en el mundo moderno. Aquel a quien la ciencia realmente se abre, es decir aquel que no se acoge ni a la multitud infinita de los conocimientos inofensivos (porque aceptados solamente como resultados y no vividos en su significación posible) ni a los materiales penosos para asimilar y escogidos en vista de un fin práctico, sentirá, en el esfuerzo y en el trabajo intenso, un impulso entusiasta y, en la ciencia, el elemento de su vida. Como antaño, el encanto de la ciencia puede ser experimentado también en nuestros días en el momento en que el mundo se revela amplio y claro a la juventud. Y en nuestros días, de la misma manera que antaño (tal vez hasta más fuertemente), se puede experimentar la gravedad de la ciencia, es decir el peligro que el saber encierra por el vigor originariamente ingenuo de lo inconsciente y por las ilusiones de la vida. Se necesita valor para comprender interrogando en lugar de aprender permaneciendo indiferente. La palabra *¡Saper aude!* es pues siempre válida.

Una filosofía consciente de serlo se convierte en garantía de la actitud científica contra las actitudes anticientíficas. VE en la conservación del pensar científico, una condición indispensable de la dignidad humana. Reconoce como cierta la advertencia de Mefistófeles:

*Desprecia pues la razón y la ciencia.
fuerza suprema del hombre,
y ya te tengo sin condición.*